

Julio J. Casal

EL 7 de diciembre de 1954 murió en Montevideo el poeta uruguayo Julio J. Casal. Su muerte priva a la república del Plata de una de sus figuras representativas, a la vez que núcleo de un grupo de escritores que adoptaron una actitud humana y artística bien definida. En el primer aspecto, su amor por la libertad y las causas justas y legales, puso siempre en evidencia una intachable conducta, que exhibió con dignidad desde sus cargos representativos del gobierno, como el de cónsul en Francia o España, o como electo del pueblo en la Asamblea Representativa del municipio de Montevideo. En el orden literario, Julio J. Casal será recordado siempre como el introductor del "Ultraísmo" en Montevideo; pero, sobre todo, como el iniciador y animador de las nuevas formas poéticas que siguieron al Modernismo y que reaccionaron contra sus excesos. Nacido en 1889, tenía 21 años de edad cuando, en 1909, se trasladó a Francia, en donde se puso en contacto con la literatura europea de preguerra. En 1910, fecha que se indica como el comienzo de la reacción antimodernista en América, da a luz su primer libro: *Regrets*, al que sigue, tres años después: *Allá lejos* (1913). En 1913 va a España, en donde encontrará clima propicio para editar en 1923, la revista *Alfar*, que en La Coruña, donde Casal era cónsul del Uruguay prestó su adhesión al movimiento "Ultra", difundido desde Madrid, a partir de 1919. En Madrid publicó acaso sus mejores obras: *Cielos y llanuras* (1914); *Nuevos horizontes* (1920); *Huerto maternal* (1921); *Humildad* (1922); *56 poemas* (1923); *Arbol* (1925); *Poemas* (1926). Este año vuelve a su país, donde ocupa un cargo en la ex Asamblea Representativa del municipio de Montevideo, desde el 1º de febrero de 1927 hasta el 3 de mayo de 1933, fecha en que se adscribe al Museo Municipal de Be-

llas Artes "Juan Manuel Blanes". Los cambios políticos cayeron sobre él y fué destituido; luego jubilado, el 31 de diciembre de 1937. Al normalizarse la república, el Tribunal Extraordinario instituido para considerar las situaciones creadas por el régimen contrario a derecho, lo repara, según leo en la ficha biográfica que ha difundido la Asociación Uruguaya de Escritores y que me llega por gentileza del poeta Juvenal Ortiz Zaralegui. Entonces, ya libre de esas ataduras administrativas que tanto entorpecen la vida de nuestros artistas, Julio J. Casal se consagra de lleno a la literatura. En 1929 traslada su revista *Alfar* desde La Coruña a Montevideo, cuyo último número, el 91, acaba de salir, después de 32 años de vida. En 1933 publica en Montevideo su libro de poemas *Colina de la música*. Luego se dedica a estudiar y a revisar todo el proceso lírico del Uruguay, así como su compatriota Zum Felde había estudiado el "Proceso Intelectual". De ese estudio surgió su *Exposición de la poesía uruguaya. Desde sus orígenes hasta 1940* (Ed. Claridad, Buenos Aires-Montevideo, 1940). En 1947 la Editorial Losada de Buenos Aires incluye su poemario *Cuaderno de otoño* en la colección "Poetas de España y América". Todavía en 1949 publica en Buenos Aires su *Rafael Barradas*, y en Montevideo su poético *Recuerdo de cielo*. He aquí su vida y su obra. Julio J. Casal era hijo de don Eusebio Casal y de doña Josefa Ricrodi. Se había casado en 1913 con María Concepción Muñoz Ximénez, amante esposa que le dió cuatro hijos: Marynés, Julio, Selva y Rafael.

El mismo Julio J. Casal se sitúa en su citada *Exposición de la poesía uruguaya*, al final de la corriente poética que iniciara Julio Herrera y Reissig. El autor de *Los éxtasis de la montaña* publicó su última obra en 1909 y murió en 1910, año —como dijimos— en el que Julio J. Casal publica su primer libro. Sabido es que inmediatamente después de esta fecha sobrevino una desvalorización del poeta modernista y que las principales reacciones tienden a buscar una mayor serenidad clásica o un afinamiento más real y directo en la vida poética. Esta nueva actitud, que corrió pareja en toda la América Hispánica, dió en el Uruguay las figuras más hondas y definitivas de su poesía, desde los *Poemas del hombre*, de Carlos Sabat Ercasty, precursor de un nuevo americanismo poético, reconocido aun por Neruda, hasta la nueva voz de Julio J. Casal, pasando, desde luego, por la filosofía poética de un Emilio Oribe y las nuevas

formas de nativismo de un Fernán Silva Valdés o de un Enrique Amorim. Julio J. Casal queda, así, fuera del marco modernista y a la entrada de todos los vanguardismos poéticos. Comparte, por tanto, ese amplio campo de la poesía uruguaya que fecundan María Eugenia Vaz Ferreira (1880-1924), Delmira Agustini (1886-1914), Juana de Ibarbourou (que empieza a florecer en 1919), Esther de Cáceres (cuya primera obra es de 1929) y los ya citados Sábat Ercasty y Emilio Oribe. Al mismo tiempo Julio J. Casal abre las puertas a la poesía de Juvenal Ortiz Zaralegui y el grupo de los "Cuadernos Herrera y Reissig"; acaso también a la de Sara de Ibáñez, Roberto Ibáñez y a la de otros más nuevos.

¿Qué significa, pues, la personalidad de Julio J. Casal, hoy desaparecida? Además de todo lo que hemos dicho, la existencia de una bien definida individualidad poética, que equivale a decir un mundo de poesía y una expresión de ese mundo. La crítica uruguaya y extranjera así lo ha reconocido y ha contribuido también a precisar ese mundo. Juana de Ibarbourou lo hace con estas palabras: "Si unos escriben con la sangre, según el decir clásico y otros con el alma, de Casal podemos decir que escribe y cava con la nostalgia y que cincela y bruñe con la melancolía, a la que no niega ni el color, ni la luz, ni el aroma, ni el himno. Casal envuelve su elegía en una suave claridad difusa, que siempre nos transporta a través de un lejano limonar que tuvo azahares." Por nuestra parte, creemos que si esta no es la única y más saliente característica de la poesía de Julio J. Casal, reconocemos que la ilustre compatriota del poeta ha sabido encontrar, con su agudo instinto de mujer y de artista, una de las constantes más visibles en su personalidad expresiva. Si como afirma Zum Felde, en *Cuadernos de otoño* Casal llega a su "máxima aristocracia de afinación y virtuosidad; logra plenamente su propio ideal estético", no podemos menos que reconocer que la poética del autor de *Colina de la música* y de *Recuerdo de cielo* puede muy bien sostenerse en los evocadores puntales de la melancolía y de su expresión:

*Otoño, me vas dando
tu mar dorado. Voy
por el acorde de tu agua
con mis señales últimas
de tierra, en tus cristales.
Ya has perdido*

*porque estás en la piedra preciosa de tu fiesta.
Te ajusta tanto el mundo que apenas se te ve.
Nos alejamos de lo que ya no queda.
En nuestro aire iremos
tirando por la borda las últimas palabras,
lo que no sea necesario al vuelo.
Y la llama que quema
la carne.
Intacto se alza el sueño.*

La melancolía, ese sentimiento que, según Víctor Hugo, es más que la gravedad y menos que la tristeza, entra en los versos de Casal —en su mundo para nosotros— como un sueño lejano, que hace posible la tristeza sin dolores y envuelve la vida como en una ternura de recogimiento. El alma se diluye entre las cosas y nos hace andar con ella en la luz ya oscurecida por alguna opaca niebla, la noche de una espera, la sombra de su cielo triste o el viento que se lleva las nubes de la tarde o el olvido. Y nos queda esa sustancia alada, mínima, como la esencia de un perfume en los poros de nuestra carne traspasada; madera de ilusión, música en sordina, canto que encubre una voz enamorada con el puro sonido del amor. Amor, sin duda, arrancado a la vida y elevado hasta el pedestal de la belleza con la pasión del hombre, pero con las manos prudentes del artista desvelado. Sí, porque Julio J. Casal es, en última instancia, un artista que ha ido borrando, en un solo poema idealizado, todas las huellas impuras que denuncian al hombre sobre la tierra. No es el artista que comienza donde termina el hombre, como quería algún decadente simbolista o algún trasnochado modernista. No. Es el hombre mismo que se modela en un ideal de perfección. Y el artista viene con él, porque es el hombre mismo que ha creado:

*No he de perderte, aroma,
aunque el espejo
te disuelva en lejana y fría bruma.
No te aísla el cristal,
que voy creando
tu rostro cada día.
Lo que se fué de ti,
era sólo una forma
en gris y nácar muerto.*

*Ahora ya estás esencia,
con tu pulso de rosa
sobre el pecho.*

Ha dicho Paul Dermée que un poeta —alma ardiente conducida por una fría cabeza— se sintetiza en esta fórmula, tan vaga como imprecisa: lirismo-arte-poesía. Parece obvio decir que la poesía de Casal puede reducirse a una fórmula semejante: lirismo-arte. Pero acaso se comprenda lo que queremos decir, si identificamos ese lirismo con la voz del hombre, del hombre melancólico, discreto, interior, que fué Casal, y su arte, con la palabra limpia, ceñida y pulcra con que nos llega esa voz. Voz y palabra, canto y arte: la expresión lograda. ¿Acaso no era éste el tono justo que buscaba el poeta, su medio para habitar equidistante del canto apologético de quien exaltaba al hombre para aniquilar la vida (como Sábat Ercasty), o exaltaba a la vida para aniquilar a la mujer (como María Eugenia, la Delmira, tal vez Juana), y también de la pura forma, de los juegos artificiales de algún ultraista a deshora? Se podrá decir que Julio J. Casal fué un poeta de tono menor, para significar que su poesía no podría alcanzar nunca el festín de las grandes apoteosis. Y no faltará el rebuscado encasillador que así lo diga. Desde su inmortalidad el poeta podrá responderle con aquello de Cervantes: “Muchos pocos hacen un mucho”. Y nosotros sentiremos el halago de su pequeña mano tibia buscando un corazón sumiso y enternecido, porque sabemos que la vida se nutre de esa intimidad elemental y sin zumbidos que ha detenido tan obstinadamente este poeta del verso puro y frágil como el cristal, pero también como el cristal capaz de herirnos con las múltiples agujas de sus quebraduras. Tierna palabra en el fulgor del tiempo acontecido, palabra humana que se hace más dulce en esta despedida y más honda también, porque al irse para siempre nos deja el alma en la poesía. El poeta nos lo ha dicho en un limpio llamado de ternura:

*Tierna palabra de olvidado día
llegas a mí por nubes de entresueño,
y me vuelvo a sentir, dulce y pequeño,
abriendo con tu llave, el alma mía.*

*Ves cómo asciende por la tarde fría,
convertido en paloma, el turbio ceño*

*que en mi frente, al partir, me dejó el sueño.
Sueño y paloma van en romería.*

*Tornas palabra a darme la dulzura
de mi madre, en la plácida tutela
cuando la noche me era larga. Vienes*

*a convertir mi llanto en agua pura.
Hoy, otra vez, estás conmigo, y vuela
tu mano entre el otoño de mis sienas.*

En su *Exposición de la poesía uruguaya* Casal sostiene que las palabras no son otra cosa que desvelos de almas, un desvelo catártico, por el cual el poeta "se desensimisma y desdobra a sí propio, mirándose en lo hecho, al par que hace que se desdoble y desensimisme algún otro." Este parece ser el sentido de sus últimos poemas, de los cuales damos algunos inéditos que nos han enviado los poetas uruguayos Arsinoe Moratorio y Juvenal Ortiz Zaralegui. Ambos dedicaron al poeta desaparecido sendos sonetos que publicamos como testimonio de alta amistad. El de Arsinoe Moratorio dice:

*Perfume a bosque en palidez de tarde,
acorde de agua por quietud serena;
otoño florecido en azucena,
dorada mies, que hacia las noches arde.*

*Tiempo de la memoria, que cobarde,
busca la luz, entre la luz que llena
el íntimo rubí que va en la vena
pidiendo, sin pedir, que el lirio aguarde.*

*Para escucharte, me tendí en el viento
y en la niebla sin fin de tu paisaje,
y por tu voz azul fui caminando.*

*Por seguirte, perdí mi pensamiento:
al volver a ceñirme con mi traje
me encontré por tus mares navegando.*

Y el de Juvenal Ortiz Zaralegui:

*Este aire de Casal, de transparente,
casi no es aire, porque lo ha mecido
con un color de infancia, enriquecido
por el hallazgo de lo sorprendente.*

*Un árbol en el bosque, suspendido
en la rama menor, roza su frente,
con un rumor igual y diferente,
que a su verso le da su parecido.*

*El fulgor personal de cuanto escribe
toma el aire de todo lo que vive,
como de un arpa, encadenado viento.*

*Diáfano, puro, su ademán sostiene
el cristalino otoño que retiene,
toda la luz de su recogimiento.*

Y ahora cerremos con broche de oro este recuerdo de homenaje con los propios versos de Julio J. Casal:

DISFRAZ

*Más de lo que quisiera voy viviendo.
No seré nunca amado de los dioses.
Pasaron por mis ojos tan veloces,
que en lo alto de mi mar sigo sufriendo.*

*Desde mi soledad voy aprendiendo
que tal vez al vivir, me nacen goces
de muerte y disfrazada en luz de voces,
me van mentidas sombras sosteniendo.*

*Me palpo y esta carne no es la mía.
—Acaso es noche lo que ayer fué día—,
brillando en apariencia y es su suerte*

*arder y no quemar, vivir en río
sin agua, ser de fuego y sentir frío
y en un disfraz de vida, ir con mi muerte.*

ALGO DISTINTO

*Algo distinto, sí, algo que mueva
nuestro pie entre las nieves de la vida.
Una lejana voz, de antigua, nueva,
como una ola nunca repetida.*

*En lo alto del sueño ver que lleva
el camino a una esencia no sentida.
La sien canece en tanta dura prueba
y dueño aún de la niñez perdida.*

*De mi mano naciendo van los ríos
y es todo el cuerpo nada más que tierra.
Labrar la paz con mi constante guerra.*

*Muerto, crecer en mí, tierno retoño,
y ser centro de todos los estíos
desde la fría niebla de mi otoño.*

MUERTA

*Sí, te has muerto. Yo veo tu blancura
de álamo entre su nieve amortajado,
y en tu rostro, la luz ha derramado
su permanente frío de escultura.*

*Te fuiste. Me quedaba tu ternura
en paisaje y en fiesta del pasado.
Al regresar no estás. Te has apagado.
De tan blanca no existe tu figura.*

*Por mi memoria vas, pero dormida.
Mis barcos por tu mar, a despertarte.
Y tú, por los cristales de tu hielo,
tan de nube, en la noche, tan perdida,
que mi amor, en su sueño de encontrarte,
se aleja de este mundo y mira al cielo.*

ALFREDO A. ROGGIANO,
State University of Iowa.